
Elsa Cecilia Frost

Filosofía e historia novohispanas

Mauricio Beuchot

Elsa Cecilia Frost, nacida en esta capital en 1929 y fallecida en la misma en 2005, fue compañera nuestra en la Academia Mexicana de la Lengua. Fue elegida el 28 de agosto de 2003 y tomó posesión el 11 de noviembre de 2004, con un bello discurso acerca de la expresión “Estar *nepantlá*”. Fue la sexta mujer que ingresó a dicha institución, después de M. A. Millán, Clementina Díaz y de Ovando, Margit Frenk, Margo Glantz y Julieta Fierro. Su estilo era muy claro y sencillo. No procuraba ningún barroquismo, sino una gran simplicidad. Aquí hablaré de ella como la persona que conocí y que aprecié mucho. En efecto, no solamente fue mi distinguida colega en los estudios novohispanos, sino que además tuve el honor de dirigirle la tesis de doctorado, aunque más bien fui yo el que aprendió y se benefició de sus amplios conocimientos y de sus profundas reflexiones. También me cupo en suerte que me invitara a colaborar en un volumen colectivo sobre la experiencia de la traducción, así como en otro sobre historia novohispana, compilado por ella y por Rosa Camelo, en el Instituto de Investigaciones Históricas, y que será publicado en él.

Elsa Cecilia fue una eminente profesora e investigadora dedicada al estudio y a la comprensión de la cultura latinoamericana y, en concreto, de la mexicana. Enseñó Historia y Filosofía Latinoamericanas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, y fue investigadora en el Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos. También estuvo en el Centro de Investigaciones

Históricas de El Colegio de México. Igualmente, se destacó por su labor editorial en el Fondo de Cultura Económica, Siglo XXI y la UNAM.

Dejó los siguientes libros principales: *Las categorías de la cultura mexicana* (UNAM, 1972), que corresponde a su tesis de maestría; *Educación e ilustración en Europa* (SEP, 1986); *El arte de la traición o los problemas de la traducción* (UNAM, 1992); *Este nuevo orbe* (UNAM, 1996), *Testimonios del exilio* (Jus, 2000), y *La historia de Dios en las Indias. Visión franciscana del Nuevo Mundo* (Tusquets, 2002), que corresponde a su tesis de doctorado, sobre el milenarismo en América. En ellos recoge aspectos importantísimos de la historia de la cultura mexicana y latinoamericana: sobre el indio, los misioneros y los cronistas, que fueron los primeros historiadores. Pero también sobre algunos personajes, como Bartolomé de las Casas y Alonso de la Veracruz, algunos franciscanos y algunos jesuitas novohispanos.

CATEGORÍAS CULTURALES

El libro *Las categorías de la cultura mexicana* ya es un clásico.¹ Fue su tesis de maestría, bajo la dirección del

¹ Elsa Cecilia Frost, *Las categorías de la cultura mexicana*, UNAM, México, 1972.

doctor José Gaos, que tanto hizo por la cultura mexicana; pero, además, es de una gran profundidad y seriedad. En él, Elsa Cecilia Frost señala las categorías con las que ha sido pensada nuestra cultura.

En la primera parte del libro, fuertemente teórica, Frost estudia la noción de cultura, para llegar a la filosofía de la cultura, usando varios autores que han considerado a la cultura desde la filosofía, como Spengler, Scheler, Cassirer y Ortega y Gasset. Aplica después algunos conceptos de la filosofía de la cultura a la cultura mexicana. Algo muy importante que nos dice la autora es que la idea de cultura que se tenga no está separada de la opinión política.

Por un lado, se dan como categorías el indigenismo y el europeísmo u occidentalismo. Pero Frost insiste en que, después de más de quinientos años de colonización, ya no se puede hablar claramente de indigenismo; sin embargo, tampoco es posible decir que se haya occidentalizado plenamente nuestra cultura, a pesar de tantos años de colonización. Habría, por así decir, un mestizaje.

En efecto, en cuanto a si nuestra cultura es occidental, Frost se pregunta qué es Occidente y qué es lo occidental. En todo caso, no tenemos una cultura indígena, al menos pura, ya que los indígenas se apropiaron de muchas cosas de los europeos u occidentales. Pero tampoco tenemos una cultura puramente occidental; y no tiene caso deplorar la innegable devastación cultural que hicieron los europeos; hay que atender, más bien, a lo que resultó de todo ello. Ya la misma creencia de que los ídolos de los indígenas eran representaciones de los demonios hacía que se procurara por todos los medios evangelizarlos, lo cual en gran medida traía un cambio cultural. Y es que en el mundo americano puede decirse que religión y cultura eran una y la misma cosa, por lo que, al quitar una se cayó la otra. A finales del mismo siglo XVI había indígenas que ya no lo eran tanto y españoles que iban dejando de serlo. En siglos posteriores, sobre todo en el XIX, los mexicanos trataron incluso de borrar la cultura indígena y apropiarse de la europea. Claro que no pudieron lograrlo. Siempre quedan sedimentos de la otra. Y es importante reconocerlo, pues lo indígena es una de las categorías de nuestra cultura.

Otra categoría que se ha usado para nuestra cultura es la de “cristiana”. Frost nos habla de la cristianización de México, fenómeno que ella estudió mucho, y nos hace ver que, indudablemente, hay un sedimento cristiano que queda en la cultura mexicana. También se han usado las categorías de imitación, como llamar a nuestra cultura: criolla, sucursal, heredada, heterónoma o colonial. Igualmente, se le han aplicado categorías que realzan su complejidad, como el decir que es matizada, fusionada, de síntesis, mestiza y superpuesta.

La segunda parte es muy rica, ya que presenta varios fenómenos históricos en los que se ha manifestado la cul-

tura mexicana. Uno de ellos fue la Revolución de 1910. Después del conflicto, el arte siguió representando sus ideales, que eran en buena parte de una cultura nacional, mexicana por excelencia. Sin embargo, se dio el conflicto religioso de 1926-1929, que vino a resaltar un aspecto de la cultura mexicana: la religiosidad. Todo ello converge en muchas manifestaciones artísticas. Frost elige la novela y la pintura. Fue muy notable la novela de la Revolución, e incluso algunas novelas de la gesta cristera. Pero la más representativa de la cultura mexicana fue la pintura, sobre todo la pintura mural, que recoge muy a las claras los ideales revolucionarios. La autora se centra en Rivera y Orozco, señalando no sólo sus concepciones de la historia de México, sino también los elementos religiosos que se encuentran en sus pinturas.

Dije que el libro de Elsa Cecilia Frost es un clásico. Lo es porque nos ha brindado de manera excelente los conceptos que nos capacitan para pensar una realidad, en este caso, nuestra cultura mexicana. Es la función que tienen las categorías: conceptos principales y muy amplios que nos guían en el estudio de un determinado campo. Me parece que este libro ha sido una de las mejores aportaciones para los que nos dedicamos a pensar y repensar nuestra cultura mexicana en sus diferentes épocas y ángulos.

AMÉRICA COMO NUEVO MUNDO

El libro *Este nuevo orbe* es una compilación de artículos de Elsa Cecilia Frost.² Allí habla del providencialismo, que estuvo muy presente en los primeros evangelizadores franciscanos, ya que tenían la visión de que la Europa cristiana estaba llegando a su fin (al fin del mundo, idea milenarista), y que América era un fermento para dar al cristianismo su verdadero sentido, el original de los primeros tiempos. Era una vuelta a la sencillez, tanto material como espiritual, de los tiempos apostólicos.

Esto es lo que Frost ve, precisamente, en los fundadores de la provincia del Santo Evangelio, es decir, los franciscanos. Para mostrarlo se enfoca hacia los famosos doce “apóstoles” de esta orden, sobre todo fray Martín de Valencia y fray Toribio de Benavente, alias “Motolinía”, en náhuatl “el pobrecito”, por el cumplimiento de ese ideal franciscano de la pobreza, que los indígenas veían en él de manera ejemplar y contrastando con la ambición de los conquistadores.

Cuando trata de los cronistas franciscanos del XVI novohispano, Frost recalca esta apreciación, ya que varios de ellos se empeñaron en destacar ese alto ideal en los evangelizadores, de manera casi hagiográfica.

² Elsa Cecilia Frost, *Este nuevo orbe*, UNAM-CCYDEL, México, 1996.

Sobre todo el cronista fray Jerónimo de Mendieta, pero también Sahagún y Motolinía, que ven en la idolatría de los indios la obra del demonio y la obligación de extirparla.

En cuanto a la defensa de la racionalidad de los indios, Frost junta a Las Casas y a Motolinía, que en cierta medida eran contrarios, pero coincidían en esa defensa, aunque con tintes muy distintos. Las Casas era más propicio a que se dejara al indio toda la libertad de escuchar la predicación, y Motolinía llegaba a hablar de obligarlo a escucharla.

Hubo, en ese espíritu de renovación, intentos de utopías, como la de Vasco de Quiroga, sin duda, pero también la del Colegio de Santa Cruz de Tlaltelolco, de los franciscanos. La de Quiroga, más realista, duró más tiempo que la de los franciscanos, que a finales del siglo XVI reconocían que se había perdido toda. Lo cual fue una lástima.

En cuanto a esa utopía franciscana de Tlaltelolco, Frost examina los libros que en ese colegio había. Cabe recordar que dicho colegio, fundado para la formación de los indígenas, dio frutos muy notables. Eran indígenas que sabían latín, filosofía y teología, y eso se debió a los buenos libros que tenían, a pesar de que esa utopía no prosperó.

Tiene un lugar importante Bartolomé de las Casas, el dominico que fue la conciencia de España en esa época. Ciertamente Las Casas fue el más decidido defensor de los indios ante los españoles, y el más radical, pues nadie como él señaló que la conquista había sido injusta, y que lo único que quedaba era irse de América, después de restituir a los indios lo que se les había quitado.

Igualmente se trata a fray Alonso de la Veracruz, agustino que fue el introductor de la filosofía en Nueva España. Él fundó colegios en su provincia agustiniana, y los dotó de bibliotecas. Igualmente, fue uno de los primeros catedráticos en la recién fundada Universidad de México. Para ella escribió el primer curso de filosofía del Nuevo Mundo, que se editó en las prensas de Juan Pablos, en 1574-1577. Fue, por ello, el pionero del saber, misionero de la filosofía en estas nuevas tierras.

También se ventila el concepto del indio a finales del siglo XVI; en ello sobresale Mendieta, que tiene un buen concepto de ellos, y pide buen trato para los mismos. Asimismo, llama la atención el estudio de dos confesionarios célebres: el de san Antonino de Florencia y el de fray Juan Bautista, que sigue al anterior.

Los ensayos de Frost, recogidos en este volumen, tienen una unidad temática, reflejo de la dedicación continua de la autora a esos asuntos. Y son de una gran utilidad, pues redondean varios de los aspectos de esa problemática, que ella conoció tan bien. Son perspectivas que se unen para darnos una mejor visión de conjunto sobre la época.

Elsa Cecilia Frost

LAS CATEGORÍAS DE LA CULTURA MEXICANA



24

NUESTRA AMÉRICA

centro coordinador y difusor de estudios latinoamericanos
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FRANCISCANISMO DEL NUEVO MUNDO

En su libro *La historia de Dios en las Indias. Visión franciscana del Nuevo Mundo*, que fue su tesis doctoral, Elsa Cecilia expone la culminación de sus investigaciones sobre el espíritu de la evangelización franciscana.³

El tiempo clásico de los griegos, es un tiempo cíclico, de un eterno retorno. En cambio, el tiempo bíblico es un tiempo lineal, avanza y progresa hacia una promesa, hacia una esperanza. Esto lo heredó el tiempo cristiano, porque fue un tiempo de cumplimiento de las promesas mesiánicas, pero, después de su muerte, Cristo prometió volver. Muchos cristianos de los primeros tiempos entendieron que volvería muy pronto; otros lo interpretaron de modo distinto. Así, desde los primeros tiempos se habló de un milenio en el que se cumpliría esa promesa, como lo hizo Papías de Hierápolis, que por eso fue llamado “kiliasta”, es decir, milenarista. San Agustín no da ninguna fecha segura para ello. Sin embargo, en la Edad Media, Joaquín de Fiore, vuelve a hablar del milenio y dice que no tardará en cumplirse.

Por otro lado, también se hablaba de los descendientes de Noé: Sem, Cam y Jafet. De ellos, según la *Biblia*, provendría todo el género humano, pues sólo ellos se

³ Elsa Cecilia Frost, *La historia de Dios en las Indias. Visión franciscana del Nuevo Mundo*, Tusquets, México, 2002.

salvan ron del diluvio destructor. Después cronistas como Durán se esforzarán por ver de cuál de ellos descendían los indios, como tribus perdidas de Israel. Y, según se sabe, explicaron la idolatría de los indios por la intervención de los demonios, que se afanaban en desviar a los hijos de Dios.

Muchos de los franciscanos recogieron esa idea milenarista, según la cual habría un cambio radical en el cristianismo, que se haría del Espíritu Santo, teniendo una renovación religiosa. Y, como es lógico, tendieron a pensar que se realizaría en el Nuevo Mundo, con los indios como nuevos cristianos, mejores que los de Europa.

De hecho, el descubrimiento del Nuevo Mundo fue una crisis para la cosmovisión cristiana medieval, pues hubo que integrar a esos nuevos seres humanos desconocidos al plan de salvación ideado por Dios. Se vio la necesidad de evangelizarlos, y en ello se destacaron mucho los franciscanos.

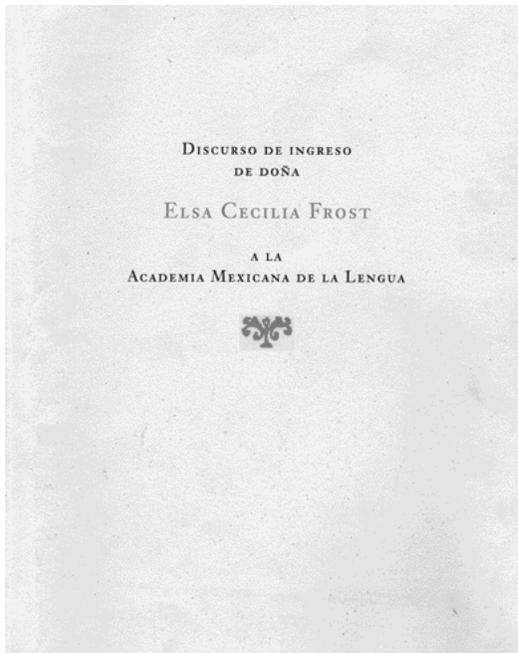
Sahagún se ha caracterizado por haber reportado los diálogos o coloquios que sostuvieron los frailes con los indígenas, esto es, con los conocedores de la cosmovisión indígena; sin embargo, se escribieron cuarenta años después del encuentro (1524-1564), por eso se ha dudado de su verosimilitud; pero, por lo menos, recogen las principales ideas que allí se intercambiaron.

Al ver la frialdad de los indios frente al cristianismo en los primeros años (que era evidente rechazo), tanto Sahagún como Motolinía tuvieron que adjudicar esto a la acción del demonio sobre ellos. Sin embargo, según lo decían los propios misioneros, los indios aceptaron pronto la evangelización, con mucha mansedumbre y buena voluntad. Con todo, la realidad es que seguían

practicando sus idolatrías a escondidas, como se percataron de ellos los propios misioneros, y hubo mucho desencanto por ello. En verdad, la conversión de los indios siempre dejó muchas dudas y fue muy incompleta.

Frecuentemente se hizo la reflexión de que la evangelización del Nuevo Mundo compensó la cantidad de almas que Lutero llevaba al diablo y los infiernos. Los franciscanos se empeñaron en mostrar que su orden era la elegida para la evangelización de estas tierras. Esto lo hizo fray Martín de Valencia. Pero la evangelización-colonización también fue vista como un castigo de Dios a los indios por sus idolatrías, de ahí que se daba cabida a la imposición. Se veía el cumplimiento de varias profecías; por eso Motolinía estaba convencido de que también el fin de la historia se acercaba. Pero Mendieta, que era igualmente apocalíptico, más bien se duele del dudoso éxito de la evangelización. Si bien continuaba el ideal, ya tenía poca fuerza a fines del siglo XVI. A partir del siglo XVII no se perdía la idea de que la Providencia divina regía la historia, pero ya no se buscaba con el afán con que lo hicieron aquellos misioneros franciscanos.

Como se aprecia, los análisis de Frost son muy agudos, además de muy documentados, por la erudición que ella tenía y que plasmaba en sus trabajos. Recorrió, como pocos, los entresijos históricos de esa idea teológica del milenarismo. Era una idea de la historia que repercutió fuertemente en la evangelización. Hizo que los franciscanos tuvieran una actitud utópica respecto al Nuevo Mundo, pues venían con una visión reformadora del cristianismo. Y esa utopía renovadora querían realizarla con los indios, a los que consideraban materia dispuesta, mejor que la de los cristianos europeos, que ya habían sufrido muchas corrupciones. Pero también llegaron a decepcionarse de los indios.



JESUITISMO

En el ámbito de la historia de los jesuitas, Elsa Cecilia Frost estudió a los jesuitas expulsos, precisamente el episodio de su expatriación, que tuvo muchos dolores y sinsabores. Recogió varios de los relatos del viaje, de esa odisea desde México hasta los estados pontificios en Italia.⁴ Son muy conmovedores, no solamente por las penalidades que padecieron, sino sobre todo por la tristeza de dejar la patria. Es muy famosa la nostalgia que todos ellos sintieron hacia México. Es célebre el dístico de uno de ellos, que dice:

Yo cambio a Tacuba, pueblo inundo,
por Roma, capital del mundo.

⁴ Elsa Cecilia Frost, compiladora, *Testimonios del exilio*, Jus, México, 2000.

Tal era el recuerdo amoroso que esos jesuitas expulsos mantenían hacia su tierra.

Frost estudió también el teatro jesuítico novohispano. Recogió varias piezas de los colegios jesuíticos del siglo XVII.⁵ Se nota en ellas la representación del triunfo de la evangelización, el modo como los indios aceptaban la fe y rendían pleitesía a Cristo. Es lo que más llama la atención de la intencionalidad didáctica de esas piezas teatrales que recopiló.

LOS AFANES DE LA TRADUCCIÓN

Se sabe que Elsa Cecilia Frost, en los muchos libros que tradujo, tanto de historia como de filosofía, discretamente introducía correcciones, enmendando errores o imprecisiones de los que su vasta erudición le hacía darse cuenta. En cuanto a la traducción, de la que tuvo sobrada experiencia, Frost piensa que es conveniente resaltar las diferencias entre lenguas, sobre todo entre las que son muy cercanas, por ejemplo el francés y el castellano. Algunos llegan a traducir el vocablo francés “pourtant” como “por lo tanto”, y debe traducirse como “sin embargo”, ya que es adversativo.

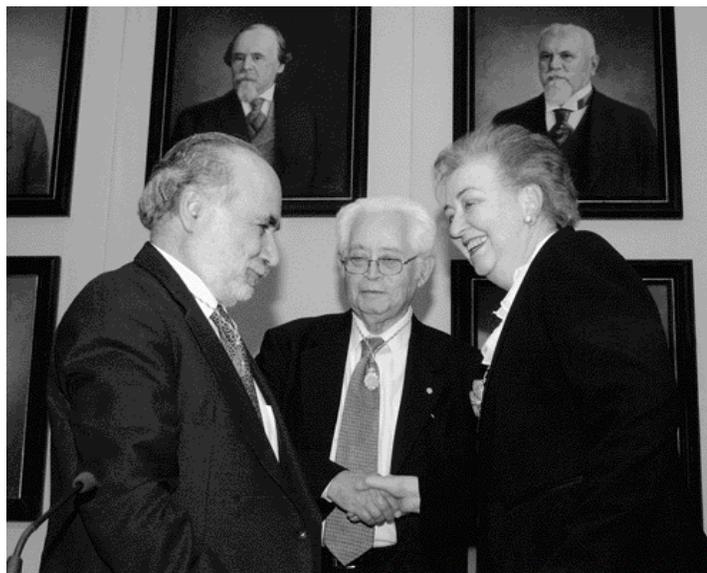
Elsa Cecilia hizo mucho por la traducción. No sólo en su práctica de traductora (son numerosos los libros que tradujo), sino también en la teoría. En su ensayo en el libro colectivo que compiló con el título de *El arte de la traición...*, se encuentra una exposición teórica del resultado de sus afanes en la traducción, provenientes de su dilatada experiencia.⁶

Un resultado importante que deja Frost es que tenemos que tomar una decisión, y ello obliga a embeberse en el idioma que traducimos, para poder trasladarlo convenientemente al nuestro. Elsa Cecilia da numerosos ejemplos. Pero no se trata solamente de casuística, sino que llega a una teoría, una teoría ciertamente discreta y no desmesuradamente abarcadora, pero perspicaz y útil. Es la idea de guardar la adecuación de la lengua de origen con la lengua de destino, atendiendo sobre todo a esta última, que en nuestro caso es el castellano, en la cual tiene que estar suficientemente clara, y por ello, respetar su especificidad, para no calcar la lengua de origen (su sintaxis o su semántica).

Traducir sería como colocarnos en dos rieles, en dos carriles, el de las dos lenguas, la de origen y la de destino, para que vayan concordando en la lectura de la traducción. La lengua de destino es la más decisiva porque precisamente es la que comanda la traducción, en cuanto que

⁵ Elsa Cecilia Frost, editora, *Teatro escolar jesuítico novohispano*, CONACULTA, México, 1994.

⁶ Elsa Cecilia Frost, compiladora, *El arte de la traición o los problemas de la traducción*, UNAM, México, 1992.



José G. Moreno de Alba y Alfí Chumacero reciben a Elsa Cecilia Frost en la Academia Mexicana de la Lengua como miembro numerario, 2004

es el destino o la finalidad la que ordena la acción, el proceso de que se trate. Es el “genio” de la lengua de destino, esto es, del castellano, el que determina el modo de la traducción. Frost nos hace conscientes de que lo principal es que se entienda el castellano, como vehículo de la lengua en la que estaba escrito el texto. Cada lengua, al parecer, tiene su racionalidad peculiar, y debe respetarse. Por eso hay mucho que adaptar, concordar, ajustar. Y éste es precisamente el trabajo del traductor. Es un arte, como dice el título que Frost eligió para el libro colectivo. Es arte porque involucra la intuición, el juicio de gusto, algo estético. Pero, sobre todo, es algo práctico, y exige que busquemos hacer un bien al lector, al destinatario de nuestra traducción. Es algo que nos enseña Elsa Cecilia Frost.

CONCLUSIÓN

Los libros de Elsa Cecilia Frost nos hacen detectar un trabajo de toda una vida. Avanzaba con cautela, e iba asentando paulatinamente los datos que con seguridad recogía. Las ideas que empujaron la evangelización fueron complejas, como puede verse en su labor. Pero ella se dio a la tarea de comprenderlas teóricamente y ver cómo se plasmaban en la práctica misionera. Dándonos a entender que las empresas humanas son guiadas por los ideales que las sustentan.

Su trabajo, es decir, tanto sus clases como sus publicaciones, las de su autoría y sus traducciones, son un ejemplo de la dedicación cuidadosa, casi perfeccionista. Nos deja una lección de seriedad en la investigación. Yo he recibido de ella esa lección, y es un regalo suyo que trataré de guardar y de cumplir siempre. **¶**